

Nota del autor

LAS TRAMPAS DE LA MEMORIA

Este libro no es una biografía, ni una novela: es una trampa.

Para mí, que me desnudo a medias, y para ti, que has decidido mirar.

Es un *striptease* incompleto de una vida cualquiera, convertido en literatura, en un ejercicio de impudicia que he escrito por vanidad, por venganza, por necesidad de amor. Ninguna de esas razones justifica un libro, pero a ellas se une una más poderosa: lo he escrito porque una editorial ha tenido conmigo un acto de fe.

La autoficción no es un género, es una perversión, una excusa para el onanismo de un montón de gente con ínfulas de escritor. Parafraseando al crítico Alberto Olmos, hoy cualquiera escribe un libro.

Cuando este texto estaba prácticamente terminado, recibí un correo de mi editora en el que me sugería que explicara por qué “un señor, una persona de bien, se expone de esta manera”.

No hay una sola respuesta. Tal vez late en mí un exhibicionista; quizá no tenga la imaginación suficiente para escribir una novela; o simplemente la historia que puedo contar es la que tenía más cerca.

Prefiero contestar desde mi relación con la literatura: solo soy un lector. Aunque mi primer amor sea la novela, lo que me conmueve son los libros en los que el autor ha dejado algo de sí mismo: un dolor, una emoción, un descubrimiento.

La ficción pura me entusiasma como entretenimiento, pero me resulta efímera. Las lecturas que se me clavan más hondo son las de quienes pagan el precio de la verdad. En mi Olimpo personal viven Javier Cercas, Manuel Vilas, Houellebecq, Jacobo Bergareche y, sobre todo, Emmanuel Carrère, que parecen despellejarse delante de nosotros.

No puedo compararme con ellos, pero ya que escribo, ¿por qué quedarme a medias?

A medida que avanzaba en el texto, las preguntas que me resonaban eran: ¿Hasta dónde? ¿Qué se puede contar y qué no? ¿Cuánto debe guardarse en el armario del pudor, de la paciencia, del qué dirán y del qué pasará? ¿Cuánto puedo inventar o retorcer las aristas de alguien que tal vez existe hasta convertirlo en un personaje? ¿Y cuánto de mí mismo? ¿Tengo acaso derecho a hacer daño a otros con mi narración, que es siempre un destilado de mi amnesia selectiva?

La base de todo lo que cuento es mi vida e ignoro cómo se leerán las innumerables ficciones con las que la he mezclado. Tal vez algunos amores, amigos o conocidos se hayan reconocido en historias que ya no les pertenecen y no les guste. Tal vez otros se molesten porque no están. No importa, una vez escrito el libro ya no es mío ni de

nadie más que de quien lo lee. En todo caso, hay mucha verdad en las mentiras.

Quizás mi miedo se haga realidad, y estas páginas se lean como unas memorias y no como lo que pretendía ser: una reflexión sobre la pérdida, una crónica del amor y sus irreversibles consecuencias desde la siempre incompleta mirada de un hombre en sus distintas edades. Es también la historia de un tiempo y de toda una generación, a caballo entre el final del siglo pasado y el inicio de este. Ese es el hilo que me ha llevado hasta aquí.

En *El coloquio de los perros*, Cervantes habla de lo que convierte un suceso en una buena historia: “El buen cuento ha de ser verdadero si ha de mover a los oyentes, y contado con gracia, si ha de deleitar”.

Yo, que soy un hombre ambicioso, aspiro a que la parte de verdad que hay en este cuento esté contada con los ingredientes necesarios de desgarró y placer, pero también de humor y gracia.

Rebeca (1987-1990)



I

Nunca me había sentido tan roto como cuando Rebeca y yo cortamos definitivamente. Pasaba el día metido en la cama, el suelo de mi cuarto cubierto de ropa sin lavar, de libros, de zapatos, de toallas de baño que empezaban a oler a moho. Los armarios permanecían abiertos y llenos de perchas vacías, todas distintas entre sí. En el escritorio se amontonaban fotos, cartas de ella sin abrir y algunas mías a medio escribir; en el tocadiscos sonaba y volvía a sonar *Seabird* de los Alessi Brothers. Diego y Pita, mis compañeros de piso, me miraban con cara de pena y hartazgo, escuchando con una paciencia que empezaba a agotarse cómo repetía una y otra vez las mismas cosas, cómo diseccionaba lo nuestro.

Llevaba semanas así, haciendo arqueología sentimental para encontrar el momento en que se jodió nuestro amor. Porque, aunque a Rebeca le cayó la etiqueta de “Primer

Amor”, allí, en aquel cuarto caótico de estudiante desesperado, la palabra “primero” no significaba nada. Habían sido dos años de estar enamorado y nada más. Quien lo probó lo sabe, y el que no, no puede imaginarlo.

Tenía veintidós años y había vivido los dos últimos atrapado en el volcán de un amor cataclísmico, incapaz de hacer nada más que sentir y desear, dejando de lado mis obligaciones, ignorando amistades y estudios, dando vueltas de campana entre el placer y el dolor.

Aquel primer amor fue buscado y deseado, pero no imaginaba la violencia con la que sucedió. La mejor analogía la encontré años después, cuando aprendí que una singularidad es un momento en el espacio-tiempo en que una magnitud se vuelve infinita y las leyes normales dejan de aplicarse. El *Big Bang* es también una singularidad: de la nada, estalla un universo. Así fue, un día nada, y el siguiente una extensión infinita de amor, deseo y necesidad intelectual. No fue un proceso: fue súbito, seco, feroz. Arrasó con todo. Y me convirtió en otro.

II

En aquellos años vivía como otros muchos estudiantes de provincias: en un colegio mayor, donde había encontrado mi auténtica misión, que era pasarlo bien. Dedicaba todas las horas posibles a lo urgente: salir, charlar, escuchar música, ir al cine, leer novelas, jugar al mus y cultivar el

espíritu renacentista que creía que era mi principal atributo. Lo importante podía esperar. Accesoriamente estaba matriculado en Derecho y Empresariales, carreras en las que me había inscrito por descarte, sin ninguna vocación ni la menor idea de lo que quería ser en la vida.

La suerte, que siempre ha sido mi virtud más destacada, me llevó a la única residencia de estudiantes mixta de Madrid, con un ambiente que podría describirse como muy relajado. La tensión sexual de ese grupo de doscientos postadolescentes hormonados con mucho tiempo libre viviendo bajo un techo promovía un entorno de saludable promiscuidad —sobre todo ajena— reavivó mi largamente acariciado deseo de tener una novia. Hasta entonces solo había tenido unos pocos rollos breves, aunque venía de un fugaz romance veraniego que alimentó aún más si cabe mis expectativas erótico-amorosas. El curso comenzaba con la pizarra en blanco, y mi mente romántica y lectora me imaginaba en un ardiente amorío con una chica que lo tendría todo: inteligencia, belleza, cultura y diversión y a quien, triple salto mortal con tirabuzón, le gustara yo tanto como ella a mí.

Madrid, además, me regaló una doble revelación: la de mi condición provinciana y la de la ciudad como parque de atracciones. Allí, gracias a mi amigo del veraneo Marquitos, hijo del dueño de la Vía Láctea, popular bar de Malasaña, pasé de sentirme un palurdo con boina recién bajado del tren con una gallina como equipaje, a figurante de lujo en la Movida. Satélite del humo, el cuero y las

pintas, lo bastante cerca para escuchar a los popes del rocanrol patrio soltar alguna frase ronca o, con un poco de suerte, ser saludado con la cabeza como hago yo cuando veo a gente que me suena de algo.

III

Todas esas malas compañías y aquellas noches tan divertidas, los libros compartidos y destripados en grupo, y la romería de chicas en minifalda que pasaban por delante sin detenerse a decir hola, me empujaban a ser algo más que espectador del cambio. Urgía dejar atrás mi adolescencia pasiva y contemplativa y participar de toda aquella excitación, o al menos no seguir viéndola desde la barrera. Ansiaba pertenecer, dejar de ser un pijillo de pueblo, quitarme el pelo de la dehesa y mostrar al universo mi agudo intelecto, mi refinado gusto y mi simpatía natural. No dejar al mundo huérfano de todos esos dones que ni siquiera yo creía tener, pero que, en ausencia de una belleza apolínea o una extravagante herencia, se me antojaban mis únicas cartas.

Como imitar las naftalinescas vidas de mis compañeros de los jesuitas no me iba a dar entrada en la modernidad, empecé a fijarme en los estudiantes de otras ramas más comprometidas con el momento. De todos ellos, los más adelantados eran sin duda los que estudiaban Arquitectura: buen gusto y unas mesas inclinadas chulísimas.

Dibujaban, escribían, y a pesar de ser algo artistas estaban bien vistos, sobre todo porque ya se sabe que los arquitectos ganan dinero, y por tanto, se les puede perdonar las ínfulas artísticas.

Adosado a mi amigo Machado, estiloso esteta y moderno de profesión, empecé a frecuentar a esa gente. A los “Mies van der Rohe” en prácticas les ocurre un poco como a los estudiantes de arte dramático y a los opositores a diplomático: están convencidos de ser parte de una élite. Y en muchos casos tienen razón, es una élite heredada, ya que es de todos conocido que el principal requisito para ser arquitecto es que tu padre o madre lo sean.

Por otro lado, no dejan de ser estudiantes y veinteañeros, y como tales, tienen la necesidad visceral de gritar al mundo su individualidad, lo únicos y especiales que son. Y lo hacen, por supuesto, siguiendo un método infalible: formar parte de una tribu. Ir vestidos igual, decir las mismas cosas, juntarse en los mismos lugares. Verse aceptados y aceptables, mientras proclaman, sin sombra de duda, su rebeldía e independencia al resto del mundo.

En los 80, la parte estética que permitía ser aceptado por los elegidos pasaba por llevar ropa de algunos diseñadores y marcas, tener unos cortes de pelo con el sello de aprobación que da el que todo el mundo lo lleve, y a ser posible, no ser visto jamás en público sin un tubo de plástico negro en el que llevar tus bocetos, proyectos o lo que sea. Si eras chica la cosa se complicaba y encarecía. Había

que llevar joyas de Joaquín Berao, el pelo como si saliera de rodar una peli de Almodóvar y ser muy alta.

Todo ese grupo de gente que marcaba diferencias con el resto, vistiéndose más o menos igual, estudiando lo mismo y hablando de las mismas cosas absurdas (y yo pegado a ellos, claramente un *outsider* que ni siquiera tenía un tubo de plástico negro) quedaban a tomar copas en un bar del barrio de Salamanca.

Rebeca no cumplía con ninguno de esos requisitos, pero me fue muy difícil apartar la mirada de su cara.

Rebeca no era alta, no vestía de Jesús del Pozo, no llevaba joyas de Berao y ni siquiera era hija de arquitectos. Rebeca era una chica de un colegio de gente bien de toda la vida, sólidamente instalada en la burguesía. Era muy lista y un poco tímida, y me enamoré de ella nada más verla.

Ese nada más verla ocurrió de la manera tan inefable, pero vulgar, en la que, como se encarga de describir la literatura, se enamora uno cuando tiene veinte años y está muerto de ganas de enamorarse.

Me la presentó Machado una noche de copas, todo ruido y amigos de ella. Empezamos a hablar y se hizo el silencio en el bar. Ni un murmullo traspasaba la barrera de nuestra conversación, en la que ocurrió eso que se ha contado tantas veces, pero que siempre es la primera vez.

Todos esos “¿A ti también te encanta?”, “¡Es mi libro favorito!”, “Siempre he querido ir”, nos fueron metiendo en un sitio de nosotros y nadie más Yo solo veía sus ojos,

su pelo, su boca tan expresiva. Poco a poco se fue transformando en la chica más bella que conocía; todo lo que decía era lo más interesante que había escuchado, me hacía reír y sentirme gracioso a la vez.

La noche transcurrió muy deprisa y muy despacio. Cuando acabó, llevaba en el bolsillo su número de teléfono en un papelito en el que, además del teléfono, estaban mis siguientes dos años.

Me debatía entre el miedo a llamar y que pasara de mí, y la esperanza de que yo le gustara a ella tanto como ella a mí. Debate que, como es de esperar, ganó la biología.

—¿Por qué has tardado tanto en llamar? —me preguntó nada más contestar.

—Ah, uh, ya, bueno, ¿qué tal si quedamos a tomar algo una de estas noches, concretamente el viernes? —dicho sin respirar y de corrido para no atascarme y empezar a balbucear.

Imagino —porque no me acuerdo— que el día de la cita me pondría lo que fuera que considerase mis mejores galas. Sin embargo, recuerdo muy bien lo que llevaba ella: una falda muy ajustada y una blusa blanca, perfectamente pija y respetable.

Había reservado para cenar en algún sitio al que nunca llegamos, porque antes quedamos a tomar algo, y la magia se repitió. Nuestras feromonas encontraron un encaje perfecto en los receptores de cada uno, nos rodeó una burbuja de silencio en la que solo importaba lo que nos decíamos, mientras se establecía esa telepatía, ese acompasamiento

de emoción que antecede al beso inevitable. En un algún momento alguien besó a alguien, y una corriente magnética de fuerza infinita nos tuvo con los labios pegados y los cuerpos electrificados toda la noche.

No tengo ningún recuerdo “real” de esa noche, porque todo eran emociones. Pero sí me viene a la memoria que una pareja que me pareció algo mayor nos invitó a una copa, y la chica nos dijo que su novio le había susurrado:

—¿Te acuerdas de cuando estar enamorado era estar enamorado?

Ese estar enamorados, que acogimos con sonrojo y sonrisas, no era comparable a nada anterior. Y, sin embargo, fue fácil como respirar. Estar enamorado fue algo que deseaba que me sucediera, pero que me llegó sin saber bien qué iba a suponer. A partir de esa noche, y durante un par de años, fue casi la única cosa que me ocurrió.

La química era la química, pero había algo más: Rebeca era a ratos una niña que quería jugar, y otras una catedrática de Estética, una lectora del *¡Hola!* combinado con Schopenhauer. Unos días vestía como una señora bien de Bilbao y otros como una chandalista de La Rosilla. A Rebeca le gustaba comer comida francesa y bocatas de calamares. Procuraba beber poco, porque en cuanto lo hacía, perdía el control y decía lo primero que le pasaba por la cabeza. A Rebeca lo que más le gustaba era reírse, y yo encontré la tecla del humor, y creo que eso es lo que la atrajo de mí. A mí, en cambio, me gustaba absolutamente todo de ella.